

Vila Merino, E. S., Sierra Nieto, J. E., y Martín Solbes, V. M. (2020). *Teoría de la Educación: Docencia e investigación*. Geu Editorial, 141 pp.

En un mundo repleto de argumentos rápidos, con pocos elementos reflexivos y escasas visiones sustantivas, esta obra no necesita mucha justificación. Encuentra su razón de ser en la propia deriva tecnicista en la que se encuentra la sociedad y, por extensión, la educación y la formación de docentes y educadores. Dedicar páginas a re-novar el valor del estudio teórico de la educación, y hacerlo sin complejos (como apunta Thoilliez en la página 28) merece la celebración de todos los que nos dedicamos a la investigación y a la docencia de esta disciplina.

En síntesis, esta obra es un compendio de 9 capítulos en los que profesores e investigadores del área de Teoría de la Educación del contexto nacional abordan los problemas de la situación actual de esta disciplina en el conjunto de la investigación educativa y en la formación inicial de futuros educadores (pedagogos, maestros y educadores sociales) aportando algunas propuestas para su mejor tratamiento. En el prólogo, los coordinadores del libro explican cómo esta obra surge de las reflexiones de profesores que componen desde 2018 la Red Docente de Teoría de la Educación (REDITE). El primer dato que uno observa en la lectura del libro es que el texto más citado en distintos capítulos como punto de partida y/o de llegada de lo que es la Teoría de la Educación, es el de los profesores Gil, Trilla y Lorenzo en 2019, titulado «La teoría en la formación de profesionales de la educación». Se

trata de la ponencia presentada en el Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación de 2019, y publicada en la obra colectiva coordinada por el profesor Julio Vera. Su relectura, por la preeminencia que tiene en los argumentos de varios capítulos, considero que es un buen complemento al estudio de esta obra.

En un análisis global se puede decir que los autores se hacen cargo, entre todos, de tres cuestiones: (1) de la crisis social de los elementos reflexivos; (2) de la crisis de la Teoría de la Educación en las profesiones educativas; y (3) de la importancia de sugerir propuestas que recolocuen la Teoría de la Educación en el lugar nuclear que le corresponde, tanto en la investigación educativa, como en la formación de los profesionales de la educación. Como verán a continuación, cada uno de los capítulos aporta respuestas, sino a todas, a alguna de estas tres dimensiones.

Inaugura la obra el profesor Francisco Esteban, provocando nuestra imaginación pedagógica con las tareas que tiene por delante un profesor y que provienen de la Teoría de la Educación. No son recetas, sino quehaceres que convierten en grande a un profesor, y que diferencia «al que vive lo que enseña del que vive de enseñar» y al que «hace de las clases un drama del que las convierte en un espectáculo» (p. 13). No tener miedo a educar, a influir, alejarnos del liberalismo moral, acentuar la dimensión comunitaria propia de la educación, acoger al alumno, hacer del aula un lugar especial donde se presenten «maneras de vivir que merecen la pena» (p. 14) y

seguir confiando en el acto de transmitir con persuasión, aprovechando todo tipo de elementos culturales (p. 17) son algunas de estas tareas. Y este tipo de profesor se gesta, se discute y se cultiva —nos recuerda el autor— desde la Teoría de la Educación.

Le sigue la profesora Bianca Thoi-liez, que nos advierte de la crisis en la que se encuentra la Teoría de la Educación, con un sugerente título: «la teoría de la educación española: 1 peligro, 2 reacciones, 1 propuesta». Con genial sistematicidad, sus argumentos van en la siguiente línea: tenemos un peligro de extinción como disciplina (hay menos asignaturas, en menos lugares y cada vez son menos los académicos que se dedican a ello) y, por tanto, la Teoría de la Educación sufre mucha presión como hábitat disciplinar (por causas como: menos investigación predoctoral teórica, crecimiento de investigaciones empíricas y difícil financiación). A este panorama nos enfrentamos con dos reacciones: la adaptación (cuando hacemos algo parecido a teorizar) o la metamorfosis (cuando hacemos algo distinto a la Teoría de la Educación, aun bajo ese rótulo). Su propuesta es clara: una Teoría de la Educación afirmativa y conservadora. Indagando y centrándonos en qué aportamos de distintivo, bueno y útil a la investigación y práctica educativa, sin complejos, como apuntábamos al inicio.

Los profesores Sánchez Rojo y Gil Cantero, en la línea del capítulo anterior, recuperan lo más propio de la Teoría de la Educación: su valor normativo, su carácter valorativo, la capacidad que tiene de aportar futuros mejores, de pensar

lo que la realidad educativa podría o debería ser. Bajo el título «Ya es hora de devolver la educación al profesional de la educación» hacen un recorrido histórico sobre la relación entre teoría y práctica y sus consecuencias para el campo educativo. Denuncian la miopía de los enfrentamientos entre teoría y práctica, recordando el sentido de la teoría como observación atenta desde una extraordinaria síntesis de la ética de la virtud aristotélica. Para ello, apuntan que hay que dar la oportunidad a los educadores de adquirir capacidad teórica, y frente a la «doctrina del conocimiento práctico» (p. 45) permitir que aprendan lo necesario (contenidos humanísticos, hábitos morales e intelectuales), y así formen su persona, su propia humanización, lo cual les permitirá asumir los fines humanos que están detrás del proceso educativo. Solo de esta manera contarán con los criterios valorativos sobre lo bueno y lo mejor para saber juzgar las experiencias educativas propias y ajenas.

A continuación, encontrarán en el texto tres capítulos que pueden leerse de forma unitaria, pues muestran su diagnóstico sobre el estado de la cuestión teórica de la educación en tres grados: Pedagogía, Educación Infantil y Educación Social. El primero y el tercero de ellos, a cargo de los profesores Mariana Alonso Briales y José Manuel de Oña Cots alientan la necesidad de mayor coherencia interna en la asignatura de Teoría de la Educación en los grados de Pedagogía y Educación Infantil de las distintas universidades españolas. Observan que hay ciertas convergencias, como los contenidos centrados

en las cuestiones conceptuales, bases antropológicas, factores socioculturales e instituciones educativas. Pero a la vez, confirman que hay divergencias en su tratamiento y un afán por desvincular el «conocimiento experiencial o práctico» y «el conocimiento teórico y reflexivo», denunciando que no se pueden dividir, sino que, al contrario, la teoría «nos ayuda a llenar de razones nuestras decisiones y a mejorar nuestras prácticas educativas, generando una sólida identidad profesional» (p. 67). Por su parte, los coordinadores del libro se dedican a una interesante cuestión: repensar la vinculación entre la Teoría de la Educación en la Educación Social, estando esta última fuertemente enraizada en la práctica y muy llamada a resolver problemas sociales concretos. Evidenciando su preocupación por «las nuevas condiciones de producción del capitalismo científico» (p. 81) y la consecuente desacreditación del conocimiento teórico en los escenarios social y educativo, hacen un llamamiento a reconsiderar al educador social como un profesional que tiene criterio pedagógico y capacidad reflexiva de carácter epistemológico y axiológico.

El último tercio del libro lo abren las profesoras Clara Romero y Tania Mateos, que nos recuerdan la complejidad de innovar en proyectos de educación socioemocional desde un enfoque de sistemas complejos, valga la redundancia. Dicen así «en todo proceso de innovación

educativa se generan tres subprocesos: la reflexión crítica, la deliberación y la planificación». Sin duda, retos que podrán ser abordados en toda su complejidad principalmente desde la Teoría de la Educación. Por su parte, los profesores Martín Lucas, Hernández Serrano, Muñoz Rodríguez y García del Dujo, nos introducen en una cuestión que no había aparecido en los capítulos anteriores y es la importancia de la tecnología como denominador común presente en todos los espacios, también educativos. Considerando especialmente este elemento, nos invitan a hacer Teoría de la Educación sin obviar este elemento, que complejiza la realidad educativa, y que nos empuja a una investigación transdisciplinar para comprender mejor el escenario actual. Por último, cierra el libro un capítulo sobre el papel de la lectura en la construcción del conocimiento teórico e histórico de la educación, escrito por los profesores Vila Merino y Álvarez-Jiménez, y repleto de estupendas citas ensayísticas, cinematográficas y literarias. Vindican la lectura de profesores y estudiantes, la lectura reposada, analizada y debatida posteriormente como pieza clave de la formación docente, y como elemento indispensable para avanzar en el conocimiento teórico. Un broche de oro para que al cerrar este libro abramos el siguiente.

Tania Alonso-Sainz
Universidad Complutense de Madrid